

al arca que salvó los restos del género humano y de los animales, sobre montañas elevadas.

Entre aquellos patriarcas existe la fe del Dios autor y conservador, así como la de la ley natural y la creencia del castigo de una desobediencia, con ciertos ritos y ofrendas expiatorias, y el holocausto y la santificación del sábado. Esta fe, que es una ciega obediencia y confianza en Dios y en su revelación primitiva, y cotidiana, auxilia la razón, como la memoria auxilia al entendimiento; es el libre asentimiento de la inteligencia á la palabra revelada; es la fe en los milagros, en los cuales no repugna el creer, cuando se ha admitido y creído el primero.

Pero se borra y ofusca la idea de la creación; y entónces, el hombre con sola su razón es incapaz de elevarse hasta llegar á concebir la idea del ente primitivo, absoluto, necesario. Contemplando los fenómenos, admirando la magnificencia de los cielos, venera las causas secundarias, y á pesar de la tradición, el sentimiento universal de la divinidad llega á transformarse en un error universal, cambiándose en naturalismo ó en dualismo para obrar el bien y el mal, en emanación, en antropomorfismo, ó en panteísmo. Se representa á Dios como á sí mismo ó al mundo, da alma á lo creado, ó personifica en ello á Dios, y diviniza los astros. Pero en medio de estos errores y extravíos, siempre hay una divinidad superior, y esta divinidad se reconoce hasta en el politeísmo ménos racional, cual es el de Ovidio.

Ya no le bastaba al entendimiento humano el conocimiento del bien, ni el de la verdad vista en Dios, en sí mismo, en el mundo; sino que necesitaba tener una autoridad suprema que le impusiese de una manera sensible el deber de la acción virtuosa, que es el decálogo.

Fundándose la ciencia sobre una enorme multitud de hipótesis se afana en buscar y descubrir no solo el origen del mundo, sino el del pensamiento, el del conocimiento, el del Yo, y el del no Yo.

La imaginación oriental, no conociendo límites de tiempo ni de espacio, caía en el panteísmo, esto es, en la unidad de substancia con formas diferentes, con lo cual todo es Dios, excepto Dios.

La evolución natural está simbolizada en el connubio; en el sémen, en el huevo, según la sabiduría griega; pero no se extiende á indagar la causa primordial; de modo que de esta oscuridad resulta ó confusión, ó absurdo. Algunos espíritus más fuertes y avanzados imaginaron el dar fuerzas inherentes á la materia, tales como el agua, el fuego, los números; ¿pero cómo y en qué tiempo cada uno de estos elementos tomó el puesto y empezó á desempeñar las funciones ó la acción que se les atribuye?

Al llegar á esta indagación se detienen diferentes escuelas, ó inventando un término medio, una especie de semidios ó criador que ordenaba la materia, que gobernaba el caos, pero sin detenerse á averiguar de dónde procedía. Ni aun llegaron á la idea de la duración y del espacio, ignorando la de la eternidad y de la inmensidad.

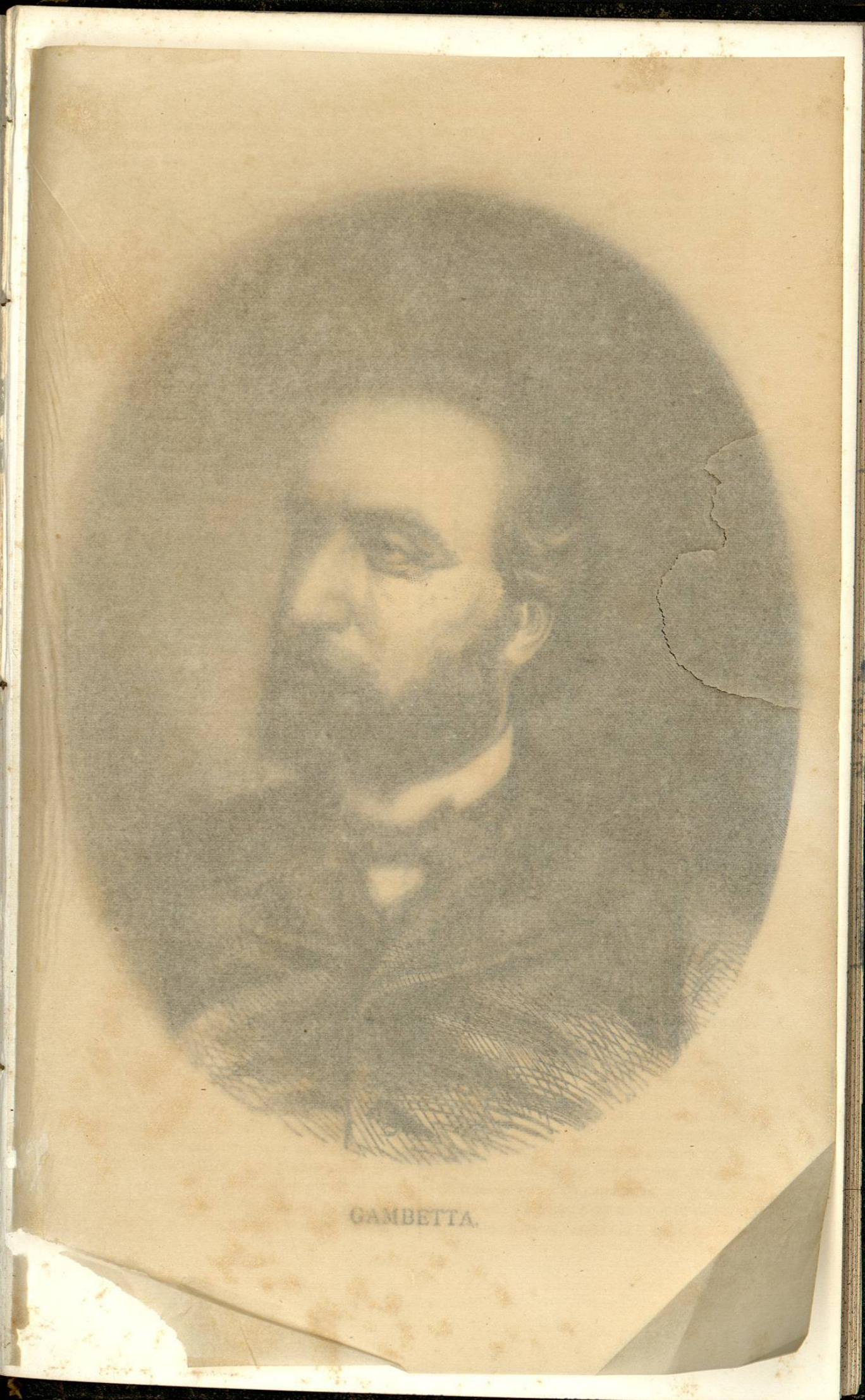
Todos se representaban la existencia de una edad de oro, después de la cual fué decayendo el hombre (*mox daturus prolem deteriore*); y todos, sin embargo, excepto Plinio, exaltaban su naturaleza, al contrario de lo que hace la filosofía del día que pretende hacer descender al hombre del mono, y, en sus cualidades, quiere asemejarle al bruto.

Después de esto llegamos ya á los tiempos históricos, á los de la cronología, en los que ya no hay necesidad de recurrir á la fe. Pero siguiendo aquel libro, se nos aplanan y se nos hace fácil la resolución de los problemas más graves. ¿Cómo puede llevarse al hombre, desde el egoísmo que dicen ser natural en él, al *otroísmo*, cuyo nombre inventaron, sin saber, sin embargo, dar la razón de ello? Si hay solo leyes biológicas, no debe haber derecho constante, fijo, independiente de las costumbres, superior á estas, distinto de ellas, y capaz de juzgarle.

El individuo perteneciente á algunas razas privilegiadas se ha hecho el hombre civilizado. Hubo un accidente; pudo muy bien no serlo y quedar siempre el hombre en el estado de *animalismo* no parlante; ó bien otra especie llegar á esa altura ¿qué moralidad absoluta puede haber en una especie tan sujeta á cambios y alternativas? Ya no quedaría más que un principio único, el de la utilidad específica. El vencer crea el derecho; el deber es la necesidad de vivir según la especie; y la sociedad ha transformado en leyes de moral esas necesidades orgánicas de la especie. ¿Pero quién nos obliga á observar estas leyes?

Si se quiere tener la continuación no interrumpida de las fuerzas y los fenómenos, por la primera cristalización mineral llevada hasta el heroísmo humano, la continuación regulada por la necesidad mecánica ó dinámica; entónces ya no hay justicia reguladora del hecho social, y que se imponga al hombre; no hay objeto ni sujeto de un derecho cualquiera; ya no hay historia, puesto que la de la humanidad no es más que un ramo de la física desde que el hombre es, simplemente, un fenómeno natural, un átomo que no tiene más derechos ni deberes que los que pueda tener la molécula mineral que se cristaliza en ciertas condiciones; y el orden moral queda confundido con el orden físico de donde deriva.

Parecía natural el que, entre verdaderos ingenios se pudiese llegar hasta la convicción y



GAMBETTA.

al arco que sobre los vestos del pastor ficaban y de los animales, entre muchos otros.

Entre el juicio paternal, según la fe del libro que se conservaba, del modo en que se enseñaba y la dirección del curso de sus enseñanzas, con fuertes castigos y amenazas expiatorias, y el alborozo y la aspiración del estado, bajo la que estaba una obediencia y confianza en Dios y en su creación primitiva, y cotidiana, auxilia la razón, como la memoria auxilia al entendimiento; es el libro asentimiento de la inteligencia a la palabra revelada; es la fe en las mitologías, en las cuales no repugna el error, cuando se ha admitido y creído el primero.

Pero se borra y ofusca la idea de la creación; y entonces, el hombre con sola su razón es incapaz de elevarse hasta llegar a conocer la idea del ente primitivo, absoluto, necesario. Contemplando los fenómenos, admirando la magnificencia de los cielos, venera las causas secundarias, y a pesar de la tradición, el sentimiento universal de la divinidad llega a transformarse en un error universal, cambiándose en naturalismo ó en dualismo para crear el bien y el mal, en emanación, en antipodismo. Pero, ó en panteísmo, se repone á Dios como á sí mismo ó al mundo, de quien él es creado, ó personifica en ello á Dios, y diviniza los astros. Pero en medio de estos errores y extravíos, siempre hay una divinidad superior, y esta divinidad se reconoce hasta en el politeísmo más racional, cual es el de Ovidio.

Ya no le bastaba al entendimiento humano el conocimiento del bien, ni el de la verdad vista en Dios, en sí mismo, en el mundo; sino que necesitaba tener una autoridad suprema que le impusiese de una manera sensible el deber de la acción virtuosa, que es el decálogo.

En adelante la ciencia sobre los astros, el mundo, el hombre, se eleva al origen del mundo, como el del conocimiento, el del Yo, y el del Dios.

La religión oriental, no conociendo límites ni tiempo ni de espacio, cual en el panteísmo, esta es en la unidad de sustancia con formas diferentes, con lo cual todo es Dios, excepto Dios.

La evolución natural está simbolizada en el casahuate; en el semen, en el huevo, como la idea griega; pero no se extiende á conocer la acción providencial, de modo que de estos conocimientos se deducen la creación, la evolución, la regeneración, y el eterno progreso, y en adelante se imaginaron un ser eterno, como á lo venario, tal como se ve en el mundo, y los números; pero nada de esto que cada uno de estos conocimientos, con sus respectivos y opuestos á descomponer las ideas que se les atribuye?

Al llegar á esta indagación se detienen diferentes escuelas, ó erigiendo un término medio, una especie de creencia á criador que ordenaba la materia, que gobernaba el caos, pero sin detenerse á averiguar de dónde procedía. Ni aun llegaron á la idea de la duración y del espacio, ignorando la de la eternidad y de la inmensidad.

Todos se representaban la existencia de una edad de oro, después de la cual fué decayendo el hombre (*maximatus prolem deterioris*); y todos, sin embargo, excepto Plinio, exaltaban su naturaleza, al contrario de lo que hace la filosofía del día que pretende hacer descender al hombre del cielo, y, en sus debilidades, quiere asemejarse al bruto.

Después de esta época ya á los tiempos históricos, á los que se consagró, en los que ya no hay necesidad de recurrir á la fe. Pero siguientes estos libros, se nos aplanan y se nos hacen á la resolución de los problemas más grandes, como puede hacerse al hombre, desde el momento que desea ser natural en sí, al respecto de la naturaleza humana, sus valores, sus deberes, sus derechos, etc. Se han visto algunas filosofías, no digo haber sentido conciencia, sino independencia de las costumbres, expuestas á ellas, distinto de ellas, y capaz de juzgarlas.

El individuo perteneciente á algunas razas privilegiadas se ha hecho el hombre civilizado. Hubo un accidente; pudo muy bien no serlo y quedar siempre el hombre en el estado de *animálismo* no parlante; ó bien otra especie llegar á esa altura; ¿qué moralidad absoluta puede haber en una especie tan sujeta á cambios y alternativas? Ya no quedaría más que un principio antes, el de la utilidad específica. El venir á ser la naturaleza, el deber es la necesidad de vivir, el deber es la necesidad de vivir, el deber es la necesidad de vivir, el deber es la necesidad de vivir, etc.

Si se quiere tener la conservación no interrumpida de las fuerzas y los sentimientos, por la primera cristalización mineral llevada hasta el heroísmo humano, la evolución está regulada por la necesidad moral de vivir, entonces se nos da justicia regular del orden social, y que se imponga al hombre, no hay objeto ni sujeto de su derecho racional, ya no hay historia, ya no hay ley, y la humanidad no es más que un ser natural, un ser natural, un ser natural, un ser natural, etc.

Parecía natural el que, entre verdaderos ingenios se pudiese llegar hasta la convicción y



GAMBETTA.

el acuerdo, máxime cuando todos esos asertos no son más que errores de mentes sanas; pero sucede que muchas veces se agrían las controversias porque por ambas partes la imaginación transforma la argumentación de los adversarios, supliendo los defectos de aquella y el mérito de la nuestra. La discusión gana mucho despojándola del espíritu de disputa, no revistiéndola de aspereza, ni de exageración; uniéndose todos los talentos para descubrir el error, encontrar la verdad, y tratar de engañarse lo ménos posible en las causas finales. Hay continuidad, sí, pero de la ley, no de la substancia; esto es, que la distinción de los Seres, de los órdenes, y de los fenómenos se conserva en el progreso uniforme de la ley.

Nosotros reunimos y reasumimos aquí todos estos elementos de la historia civil, no tanto para nuestra justificación, como para que sean una exposición de los trabajos modernos. Pero si movido por el prurito de innovarlo todo, fuésemos arrastrados hasta el extremo de desconocer y renegar los méritos de aquellos que nos han precedido, estos saldrían de las tumbas gritando, y nos llamarían ¡Ingratos!

XXIII

POLÍTICA Y MORAL.

En el estudio que la historia hace del hombre, no separa de él ni la ética, ni la política, ni el derecho.

El siglo anterior había trabajado para igualar la potestad legítima con la potestad eclesiástica que era la que predominaba en la edad media, secularizando las instituciones, disminuyendo la acción social del Cristianismo en la educación, en la beneficencia; y consiguió el sobreponerse á ella por medio de edictos, de trabas y restricciones. Los filósofos apoyaban con sus escritos y argumentos á los príncipes reinantes que absorbían la autoridad, con el fin de quitársela al clero y concentrarla en el Estado. Así como un acuerdo y conformidad entre personas constituye y forma la base de la primera sociedad necesaria, cual es la familia; así muchas familias reunidas forman la Comuna, y muchas Comunas el Estado, sin que por eso lo uno destruya lo otro. El Estado debería ser la explicación y la salvaguardia de los derechos, de los deberes y de los actos humanos; la garantía del ejercicio de la actividad libre, con el fin recto de hacer prevalecer la justicia, ateniéndose siempre y no traspasando los límites de las atribuciones pertenecientes al poder temporal, y dejando á la Iglesia el cuidado de ocuparse de

las cosas divinas y eternas, en tanto que en la familia se admitiesen las cosas mundanas y las sobrenaturales. Mas en lugar de tratar de armonizar la libertad de los miembros con la unidad del cuerpo del Estado, este se transformó en un ente supremo, viviendo por sí mismo, y en árbitro de los individuos, de la familia, y de la Iglesia.

Para conseguir este objeto sirvió la gran Revolución. Abusando de los principios abstractos, subrogaba la igualdad á la libertad, que no exigía tener una previa educación política, que inducía desconfianza de las autoridades y daba una idea enteramente material de la propiedad, un desprecio de los derechos personales, reduciendo al individuo á un guarismo, sin ningunos otros lazos con sus semejantes, más que los que se le imponían por decretos. Nunca jamás fueron los gobernantes tan déspotas y absolutos, como cuando, á título de igualdad, abolieron las franquicias y los privilegios de las familias, los de la vecindad, los de las Comunas, los de la Iglesia, los de las provincias, y los de los gremios y asociaciones de artes y oficios.

El Estado, sin embargo, no es la sociedad entera, y no debe considerársele como tal, sino bajo el aspecto de ordenación jurídica. Su germen, su raíz es el individuo humano, y esta idea remonta al elemento intuitivo de la sociabilidad individual, del mismo modo que entre el ciudadano y el Estado no existe otra diferencia que la que existe entre el todo y las partes, ni allí hay desigualdad ó disparidad de principios, por cuanto es compatible con la diversidad de las dos personas jurídicas. La sociedad no absorbe enteramente al hombre: este vive en el seno de ella y allí cumple con su destino mundano, pero fuera de ella conserva una personalidad, una voluntad libre, una conciencia que tienen premios y castigos, y distintos destinos de los de la sociedad.

El P. Ventura veía que con la descristianización de la sociedad, los sistemas modernos vienen á resolverse, en el orden filosófico, en racionalismo; en el orden moral, en sensualismo; en el orden doméstico, en individualismo; en el económico, en comunismo; en el religioso, en cesarismo; y en el político, en despotismo (1).

Se vió entonces que era necesario el poner un freno á los poderes reinantes, y se imaginaron las Constituciones. Estas fueron tomadas de la inglesa; pero mientras que la de este país está fundada sobre la historia, y con sus inmunidades antiguas, lo que hicieron fué el transplantar aquellas á unos países en los que no tenían otra base, ni más fundamento que decretos.

(1) El poder político.